



► ese caso fue grave y muy simbólico”, resume Izzy, “es todo más de lo mismo: fumigaciones que van hasta la linde del campo”.

Más tarde, en 2016, llegó el de Paso Picón, el médico sojero Máximo Castilla y la principal portavoz del caso: la maestra Adriana Pascual. Luego de estar expuestas a los químicos entre los años 2013 y 2016, “hasta el día de hoy, ella y su hija siguen con consecuencias en la salud”, sostiene la abogada a partir del relato que recogió para la denuncia.

El de Laguna del Cisne es “completito”, resume la abogada sobre el caso de 2016 que incluyó contaminación de agua y aire, y terminó con una medida cautelar de la IC para proteger el área. Allí uno de los nombres más recordados es el de Olga Pareja, la vecina de la laguna y del sojero que la fumigó a 40 metros de su casa, provocándole una intoxicación.

En 2017 le tocó a La Armonía y a las siete familias que perdieron sus cultivos por regar con agua contaminada con agrotóxicos, entre ellos, el productor Eduardo Casanova. Apenas un año después, Diego de Amores se sumó a la lista de productores damnificados, esta vez en la zona de Mangangá, próxima a la ciudad de Tala. De Amores tampoco entendió del todo por qué sus plantas de tomate, morrón y chaucha empezaron a apestar, hasta que comprendió que tenía de vecina a una empresa que se dedicaba a plantar maíz transgénico a 40 metros de distancia.

La lista llega hasta el año 2019, con el caso de José Luis Clavijo, en Rincón de Conde.

LA BUENA VECINDAD. La idea de presentar este compilado de denuncias y “vulneraciones de derechos” precisamente el 5 de junio, Día Mundial del Medio Ambiente, no fue casual: “Queremos que se prohíba la soja en todo Canelones”, explicó Diego Jaume, también de la comisión. Si bien el Plan de Ordenamiento Territorial (Pot) “Ruralidades canarias”, presentado el año pasado por la IC –y que se encuentra en pleno análisis en la Junta Departamental–, prohibía plantar soja en ciertas áreas del departamento,

SOBRE LA HORA

A 48 HORAS de la marcha convocada por la Red de Agroecología del Uruguay y otras organizaciones para exigir la reglamentación de la ley 19.717 –denominada “Plan Nacional para el Fomento de la Producción con Bases Agroecológicas”–, el Poder Ejecutivo la reglamentó.

Finalmente, el decreto estableció la integración y el funcionamiento de la comisión honoraria del plan, que funcionará en el ámbito de la Dirección General de Desarrollo Rural (DGDR) del MGAP y estará presidida por un delegado de ese ministerio.

Si bien festejaron la medida, las organizaciones convocantes entendieron que el gobierno incumplió los plazos para reglamentar la ley. Alberto Gómez, uno de los integrantes de la red, recordó que la norma se aprobó en diciembre del año pasado y que “se debería haber reglamentado en abril. Ahí empezamos a ver que no salía y eso generó la preocupación de las organizaciones”. La noticia de esta semana fue positiva, agregó Gómez, sin embargo, advirtió que “la idea es que hubiera un plan armado para empezar a trabajar en el próximo período de gobierno” y si dicha comisión no comienza a trabajar ya mismo, el riesgo es que no se llegue con el plan al momento de aprobar el próximo presupuesto nacional de 2020 y, así, asignarle los recursos necesarios.

Gómez agregó que celebraron el hecho de que la presidencia de la comisión haya quedado en manos de la DGDR, “el área del MGAP que más se vincula con agricultura familiar”. Sobre la integración de la comisión, el ingeniero agrónomo aclaró que, además de algunos organismos que ya se habían manejado (Mvotma, MIDES, MSP, INIA, UDELAR, Congreso de Intendentes, OPP), participarán también seis representantes de organismos de la sociedad civil. Y ahí “la incertidumbre es a quién va a nombrar el Ejecutivo: si va nombrar a organizaciones de reconocida trayectoria o no...”. ■

para los integrantes de la comisión no es suficiente. Y es justamente el gobierno departamental el que tiene las potestades para prohibir el modelo sojero en Canelones, opinan.

Para Matías Carámbula, director de Desarrollo Rural de la IC, es “una cuestión de tiempos”. El ingeniero explicó que el Pot, en cuanto política pública, va excluyendo de a poco la soja del departamento y que “sería irresponsable prohibir toda la soja de una sola vez”. “Se le exige demasiado a los tiempos y al Pot” des- de este colectivo, dijo y recordó que luego de ser aprobado por la Junta, el mismo proyecto prevé un período de tres años para incorporar ajustes.

Carámbula reconoció que “los problemas son reales” en el departamento y que existe una contradicción entre los modelos productivos chicos y los grandes; sin embargo, “siempre se nos culpa de todo a la IC, cuando muchas veces no somos los que tenemos las potestades para controlar las distancias mínimas o la contaminación de los cursos de agua”.

El director, quien se reúne habitualmente con los colectivos de vecinos y sigue sus casos de cerca, afirmó que se debe tener una mirada integral del asunto y ver, por ejemplo, todos los proyectos de producción agroecológica que se están impulsando desde la comuna canaria. ■

SOBRE “MONTEVIDEO, CIUDAD OBRERA”, DE RODOLFO PORRINI

LEJOS DE LA REVOLUCIÓN

La historia reciente nos ha acostumbrado a asumir que buena parte de los sentidos atribuidos al término “izquierda” son en realidad las huellas de lo que la generación del 60 hizo de ella. Pero, antes de la minifalda, otra generación, la de la clase trabajadora de mediados de siglo, había desafiado rasgos de su cultura que una vez parecieron incommovibles.

SALVADOR NEVES

“¿DÓNDE ESTÁ LA JUVENTUD?”, se inquietaba un redactor del boletín *El Obrero Gráfico* hace ochenta años, en alguna de esas temporadas en que los militantes anarcosindicalistas que conducían al gremio sentían flaquear el poder de convocatoria de la causa. “Donde no debe”, respondía. ¿Y dónde era eso? “En el estadio, en el hipódromo, el cabaret o el boliche”, inventariaba. ¿Y por qué no debía frecuentar esos espacios? Porque en ellos “se envidia o vegeta, se embrutece haciéndose ‘hincha’”, ahí “se apasiona en el juego y en el alcohol”.

Y la pasión debía reservarse para otras cosas. Este puritanismo había sido una marca de las izquierdas clásicas, las internacionales, desde que tomaron forma a partir de la organización sindical de algunos núcleos obreros calificados asociados a jóvenes intelectuales seducidos por la potencia del pensamiento socialista. Ya en 1911 el tercer congreso de la Federación Obrera Regional Uruguaya, la primera experiencia de unidad

sindical, había aconsejado “a todo el elemento proletario universal la completa abstención del uso del alcohol por considerarlo perjudicial para el organismo humano”.

El Partido Socialista, por su parte, había inscripto en su plataforma electoral la “Prohibición de la fabricación, importación y venta de bebidas alcohólicas”; en 1918 impulsó una campaña que buscaba lograr que las cantinas permanecieran cerradas los domingos y su prensa saludaba los progresos de la ley seca en Estados Unidos.

“Los viejos –narró el militante libertario Juan Carlos Mechoso– no tomaban alcohol más que en las fiestas.” Esa era la regla aun en los que tenían “una concepción más amplia”, precisó. Lo máximo podía ser “alguna copa en las fiestas, pero tenía que ser una cosa así, no regular”.

Pero ya no era esa la norma “en la generación nuestra”, contaba Mechoso, que ni provenía de una familia de inmigrantes europeos ni era de enfrascarse demasiado en lecturas, ni siquiera sobre la revolución social. Había nacido en Trinidad, Flores, en 1935, en la modesta familia de un peluquero

biblioteca plural



Montevideo, ciudad obrera.
El tiempo libre
desde las izquierdas (1920-1950)

Montevideo, ciudad obrera. El tiempo libre desde las izquierdas, de Rodolfo Porrini Beracochea. CSIC, UDELAR, Montevideo, 2019. 333 págs.

Rodolfo Porrini Beracochea

blanco (de los blancos antifascistas, nacionalista independiente) que migró a Montevideo en 1942, a pasarla difícil en las barriadas obreras del oeste de la capital, y se hizo de izquierda casi naturalmente, porque aquellas eran las ideas que fluían de la experiencia de explotación y de lucha de los jóvenes de su clase a mediados del siglo XX y que —muy a menudo— se discutían con el codo apoyado en el mármol del mostrador.

Un cambio minúsculo tal vez, pero ilustrativo, acerca de la transformación que la “nueva clase trabajadora”, nacida del envión industrial y la expansión del Estado de los tiempos de Luis Batlle, produjo en la forma en que anarquistas, socialistas y comunistas entendían un espacio sobre el que —concentrados en el trabajo— no habían pensado casi: el tiempo libre, y que es la materia principal de **Montevideo, ciudad obrera**, el último libro del historiador Rodolfo Porrini.

Porrini, docente de historia americana en la Facultad de Humanidades de la UDELAR, lleva tres décadas investigando acerca del pasado de los trabajadores uruguayos, sus organizaciones sindicales y sus expresiones políticas, y produciendo pero también estimulando y orientando a los nuevos investigadores que están reanimando un campo que, tras los tempranos fallecimientos de Yamandú González y Universindo Rodríguez, pareció peligrosamente deshabitado. La maestría la había obtenido con una robusta presentación de esa “nueva clase trabajadora” y este nuevo libro es una versión de su tesis de doctorado.

El relato se cierra en los días del “maracanazo”, cuando el Negro Jefe de la huelga de futbolistas que vació las canchas entre noviembre de 1948 y mayo de 1949 le entregó a Alcides Edgardo Ghiggia el balón que haría a Uruguay, por última vez, campeón del mundo.

La clase obrera nunca había sido tan potente. Si en los tiempos del Mundial del 30 los trabajadores sindicalizados eran 10 mil, cuando el de 1950 llegarían a ser 100 mil. De 1936 a 1952 los salarios de los obreros industriales habían subido un 50 por ciento y las épicas huelgas del 51 y el 52 convencerían incluso a algunos militares de que una estrategia de defensa nacional debería tomar en cuenta como “elemento sustantivo y sustancial” a aquella nueva fuerza, motivo por el que el entonces coronel Liber Seregni iniciaría discretos contactos quincenales con Héctor Rodríguez, dirigente del poderoso Congreso Obrero Textil.

Pero la historia comienza 30 años antes, cuando en Rusia la

revolución de octubre todavía luchaba por consolidar su poder y Lenin anunciaba que la revolución internacional era inminente. En Uruguay los salarios reales llevaban diez años de caída y el “alto” que el presidente Feliciano Viera había impuesto al impulso reformista del primer batllismo se había materializado en la represión violenta de la agitación obrera: en 1918 los huelguistas muertos fueron tres y al año siguiente se colocaron ametralladoras en la azotea de la comisaría del Cerro, mientras la pesadilla de la revolución quitaba el sueño a no pocos representantes de los sectores conservadores.

La mayoría de los socialistas uruguayos también aceptaron el diagnóstico leninista y, en consecuencia, fundaron el Partido Comunista. Los anarquistas también se dividieron en la disyuntiva y una porción importante, los llamados “anarcodictadores”, se unió a los comunistas en la Unión Sindical Uruguaya.

Para la prensa izquierdista el presente era un “infierno”, escribe Porrini, una realidad que exigía un cambio radical e inmediato. En un análisis sobre la extensión de la tuberculosis entre los sectores populares publicado en *Justicia*, el diario de los comunistas, el doctor J Greffier no proponía resolver el problema mediante innovaciones en la organización de las prácticas sanitarias. “*El verdadero suero de la tuberculosis —sostenía— es la revolución social.*”

Desde aquella percepción de la realidad, ¿qué podría significar el tiempo de ocio? “*El tiempo libre como tal no existía para las izquierdas*”, escribe Porrini, “*el tiempo posterior al trabajo debía ser, necesariamente, el de la militancia y de contribuir a hacer efectiva la revolución.*”

Hay que admitir que para muchos trabajadores se trataba de una tierra a descubrir. La ley de ocho horas es de 1915; el descanso semanal se legisló cinco años después; en 1931 se estableció el “sábado inglés” para los empleados del comercio y las vacaciones pagas se extendieron recién en los años de la Segunda Guerra Mundial.

Otra idea inglesa, el fútbol, se convirtió rápidamente en una de las maneras más populares de llenar aquellos huecos. En realidad la *jeunesse dorée* que había introducido el deporte, incómoda ante su apropiación por los sectores populares, cambió rápidamente los botines por raquetas.

“*¡Es algo atroz, reventador y antipático!*”, decían del fútbol los ácratas de *La Batalla*. “*Máxime*



Asamblea de canillitas en el Centro Internacional, en el marco del conflicto gráfico de 1922 / FOTO: EXTRAÍDA DE MUNDO URUGUAYO, MAYO DE 1922

si se tiene en cuenta que son sus principales sostenedores (...) el Estado y la burguesía que explotan la ignorancia y la tontería del pueblo!”, alegaban. “*No será posible la emancipación del obrero mientras este obstruya su cerebro con el foot-ball*”, aseguraba a su turno el órgano de la Sociedad de Resistencia de los Obreros Sastres.

En 1924, cuando el éxito coronó a los celestes en Colombes, *El Sol*, de los socialistas (que habían refundado este partido en 1922), sostuvo que el triunfo venía a hacerles “*el caldo gordo a los patriotas que tienen la sartén por el mango*”, mientras que ante el festejo popular *Justicia* utilizaba tonos oscuros para pintar un “*Montevideo borracho de chauvinismo*”.

Sin embargo, ya entonces, sobre todo entre las organizaciones que tenían más arraigo entre los trabajadores, como los comunistas y los anarquistas, la repugnancia ante aquel deporte empezaba a revertirse. Los comunistas en particular concibieron la idea de disputar aquel espacio de creciente popularidad creando la Federación Roja del Deporte, que, si bien organizó diversas prácticas deportivas, concentró sus energías en el fútbol, como un esfuerzo, decía *Justicia*, para “*la conquista de los jóvenes que están propensos a caer en las instituciones que crean los burgueses para explotarlos en su propio provecho*”.

Cuadros como el Soviet, Alas Rojas, La Comuna, Trotzky y Deportivo Volga competían en los campeonatos organizados por la federación junto con otros de designaciones menos politizadas, como Mate Amargo, Peñarol Cerrense y Qué te Importa. Los cronistas que narraban en *Justicia* los partidos oponían la solidaridad y corrección que encontraban en ellos a la competencia y las grescas que a su juicio probaban “*la degeneración en que cae el football burgués*”.

En ocasión del Mundial de 1930, celebrado en Montevideo, además de organizar mítines “*contra el Campeonato Mundial burgués y chauvinista*”, intentaron incluso disputarle la atención y, por cierto, es sorprendente la cantidad de partidos que lograron jugar al mismo tiempo que el Centenario ofrecía encuentros sobre los que, de todos modos, *Justicia* se sentía

obligado a informar, aunque lo hiciese con ironía: “*Campeonato del mundito. Los resultados de ayer. Imperialistas yanquis (3), Imperialistas belgas (0); Imperialistas franceses (4), Fascistas italianos (1)*”.

La crisis económica que se instaló después de 1930, la represión desatada contra este partido en 1932 y el golpe de Terra parecen haber herido de muerte aquella experiencia. La veterana militante Coca Campistrous narró al historiador cómo, cuando el golpe, la policía destruyó el gimnasio del Soviet, en Gonzalo Ramírez y Médanos, “*que era donde se hacía todo*”.

Tampoco el carnaval había gozado de simpatía inicialmente entre los izquierdistas. Porrini ofrece diversos testimonios del rechazo que suscitaba en anarquistas, socialistas y comunistas, pero quizá lo más contundente sea la definición de la fiesta que en febrero de 1923 espetó *El Sol*: “*Murgas y bailes de disfraz; algarabías de locos, gritos de histéricos. Algazara de ignorantes, deleite de esclavos. Alegría de imbéciles, diversión de estúpidos, fiesta de bobos, pascua de beodos, exaltación de guaravagos, grupos de marranos embravecidos, exposición de actos obscenos, turba de brutos, caravanas de inútiles: en resumen un estercolero social.*”

Por despilfarrar fondos municipales, por mal gusto y —sobre todo— por distraer al pueblo de sus verdaderos intereses, las celebraciones de febrero eran una víctima sistemática de las críticas izquierdistas. Pero en 1930 a un periodista de *El Sol* le sucedió algo singular. Un colega de *Justicia* había denunciado la existencia de una murga de ácratas y siguiendo tan prometedor pista, en un ensayo de Clásicas Almas Borrachas, se había topado con que en su elenco revistaban varios comunistas que, para colmo, practicaban también el deporte “*de la patada*”, como llamaban al balompié, en la federación roja. Leyendo **Montevideo, ciudad obrera** también se entera el lector de que es una pena que el periodista haya detenido allí su investigación, pues de seguir escarbando tal vez hubiese podido averiguar algo que hoy sabemos y es que el líder de su partido, el mismísimo Emilio Frugoni, había cometido el desliz de aportar

algunas letras de canciones para las *troupes* carnavaleras.

La historia, sostiene Porrini, comienza a transformarse realmente a mediados de los treinta, al mismo tiempo que las sedes de las organizaciones de izquierda en los barrios populares se van haciendo más numerosas, a la vez que aquella joven nueva clase trabajadora las va penetrando. Mientras la revolución aleja su promesa, y un bienestar —que hay que relativizar pero es palpable— desconcierta presupuestos que una vez habían parecido indiscutibles.

Así, mientras también el Estado ofrece ramblas y parques para el disfrute del tiempo libre y los empresarios lo colonizan de la mano de innovaciones prodigiosas como el cine o la radio, las izquierdas aceptan el desafío de reconocer su importancia y disputarlo, poniendo en cuestión sus antiguos rituales.

En julio de 1950 Juan Pérez del Talud, el cronista deportivo de *Justicia*, escribía que, a pesar del sabotaje de los dirigentes de la AUF, que venían acompañando la estratagema urdida por los presidentes de la FIFA y de Brasil para favorecer el cuadro locatario, confiaba en el desempeño de “*los bravos muchachos*” que lucían la celeste. Anunciando la hazaña del 16 de julio, el diario comunista no utilizó, como había hecho en 1930, las palabras “burgués” y “chauvinista”. “*La victoria tiene un nombre: ¡PUEBLO!*”, tituló.

Montevideo, ciudad obrera se presenta esta noche en Río Negro 1180, allí donde en el Novecientos estaba el CIES, y ahora está el Sindicato de la Aguja. Además de la historiadora uruguaya Mónica Maronna, va a estar la cordobesa Zaida Lobato, tutora de la tesis de Porrini, especialista en historia del mundo del trabajo y de las relaciones de género en Argentina y América Latina, autora de una obra vastísima que incluye títulos en los que reconstruye la historia de la prensa obrera de uno y otro lado del Plata.

“*Propongo pensar una idea de la política que excede a los partidos*”, respondió recientemente Lobato —hablando de su último libro (**Infancias argentinas**)— a un colega del suplemento cultural de *Clarín*. Eso propone también, en definitiva, **Ciudad obrera**. ■